

Reflexiones o sentencias y máximas morales

-François de La Rochefoucauld-

Reflexiones o sentencias: 01

§ 1. No es otra cosa lo que comúnmente refutamos por virtudes, que un conjunto de acciones y de intereses diversos que aciertan a ordenar nuestra industria o nuestra fortuna. Así pues no siempre son el valor y la castidad lo que hace valientes a los hombres, y castas a las mujeres.

§ 2. El mayor lisonjero de todos es el amor propio.

§ 3. Por descubrimientos que se hayan hecho en el país del amor propio, quedan todavía en él muchas tierras incógnitas.

§ 4. El hombre más hábil no lo es tanto como el amor propio.

§ 5. Tanto depende de nosotros la duración de nuestras pasiones como la de nuestra vida.

§ 6. Hace muchas veces la pasión un loco del más cuerdo, y un cuerdo del más loco.

§ 7. Aquellas grandes y brillantes acciones que deslumbran son juzgadas por los políticos como efectos necesarios de grandes combinaciones; siéndolo por lo común del humor y de las pasiones. Así pues la guerra de Augusto y Antonio, que se atribuye a la ambición que tenían de hacerse señores del mundo, sería acaso un efecto de emulación y envidia.

§ 8. Las pasiones son los únicos oradores que siempre persuaden. Vienen a ser un arte de la naturaleza cuyas reglas son infalibles: y mejor persuade el hombre más simple apasionado, que el más elocuente no estándolo.

§ 9. Tienen las pasiones una injusticia y un interés propio que hace peligroso el seguirlas, y por el cual debemos desconfiar de ellas aun cuando parezcan mas racionales.

§ 10. Hay en el corazón humano una generación perpetua de pasiones; de suerte, que la ruina de una es casi siempre el principio de otra.

Reflexiones o sentencias: 02

§ 11. Engendran frecuentemente las pasiones a sus contrarias. La avaricia produce a veces la prodigalidad, y la prodigalidad a la avaricia; y somos de ordinario fuertes por debilidad y atrevidos por timidez.

§ 12. Por más que trabajemos en ocultar nuestras pasiones con las apariencias de piedad y de honor, nunca dejan de descubrirse al través de estos velos.

§ 13. Con más impaciencia lleva nuestro amor propio la condenación de nuestros gustos, que la de nuestras opiniones.

§ 14. No son otra cosa todas las pasiones que los diversos grados de calor y frialdad de la sangre.

§ 15. No sólo están los hombres sujetos á perder la memoria de los beneficios y de las injurias; sino que aborrecen también á los que los tienen obligados, y dejan de aborrecer a los que los han ofendido: la aplicación a recompensar el bien y a vengarse del mal, les parece una servidumbre a que les cuesta mucho trabajo someterse.

§ 16. No es por lo común la clemencia de los príncipes otra cosa que una política para ganar el amor de los pueblos.

§ 17. Esta clemencia, de que tanto alarde se hace, se practica ya por vanidad, ya por pereza, muchas veces por miedo, y casi siempre por todas estas cosas juntas.

§ 18. La moderación en la buena fortuna no es otra cosa que el temor de la vergüenza de que nos cubriría nuestro entonamiento, o el de perder lo que poseemos.

§ 19. La moderación de las personas felices proviene de la calma en que mantiene sus humores la buena fortuna.

§ 20. Es la moderación un temor de caer en la ridiculez y desprecio que merecen los que se desvanecen con su felicidad: es una vana ostentación de la fuerza de nuestro espíritu. En fin la moderación de los hombres en su mayor

Reflexiones o sentencias: 03

§ 21. La moderación es como la sobriedad: bien quisiéramos comer mas, pero tememos que nos haga daño.

§ 22. Todos tenemos suficientes fuerzas para sufrir los males de otro.

§ 23. La constancia de los sabios no es otra cosa que el arte de reprimir su agitación dentro de sí mismos.

§ 24. Los condenados al suplicio afectan a veces una constancia y un desprecio de la muerte, que en la realidad no es otra cosa que el miedo de arrostrarla. De modo, que se puede decir que este desprecio y constancia son para su espíritu, lo que la venda para sus ojos.

§ 25. Fácilmente triunfa la filosofía de los males pasados y futuros, pero los males presentes triunfan de la filosofía.

§ 26. Pocos conocen a la muerte. No la sufrimos ordinariamente por resolución, sino por estupidez y por costumbre; y la mayor parte de los hombres muere porque no puede dejar de morir.

§ 27. Cuando los hombres célebres se dejan abatir por la continuación de sus infortunios, hacen ver que los sufrían por la fuerza de su ambición, y no por la de su alma; y que a diferencia de una gran vanidad, son los héroes como los demás hombres.

§ 28. Mayores virtudes son necesarias para llevar la buena fortuna que la mala.

§ 29. No pueden mirarse fijamente el sol ni la muerte.

§ 30. Hacemos regularmente vanidad de las pasiones, aun de las más criminales; pero la envidia es una pasión cobarde y vergonzosa que jamás osamos confesar.

Reflexiones o sentencias: 04

§ 31. Los celos son en algún modo justos y razonables, pues se dirigen a conservar un bien que nos pertenece, o creemos pertenecemos; pero la envidia es un furor que no puede sufrir el bien de los otros.

§ 32. No nos acarrea tantas persecuciones y odios el mal que hacemos, como nuestras buenas calidades.

§ 33. Todos culpan en otros lo que en ellos es culpable.

§ 34. Tenemos mas fuerza que voluntad: y sucede que, para excusarnos con nosotros mismos, nos imaginamos imposibles las cosas.

§ 35. Si no tuviéramos defectos, no nos complaceríamos tanto en notar los de los otros.

§ 36. Los celos se alimentan en las dudas; y llegan a ser furor, o se extinguen luego que pasamos de la duda a la evidencia.

§ 37. El orgullo siempre se recompensa, y no pierde nada aun cuando renuncia a la vanidad.

§ 38. El orgullo, como cansado de sus artificios y de sus metamorfosis diferentes, después de haber representado todos los personajes de la comedia humana, se manifiesta con un rostro natural y se descubre por la pureza; de modo que, para hablar con propiedad, la fiereza es el resplandor y la declaración del orgullo.

§ 39. Si no tuviéramos orgullo, no nos quejaríamos del de los otros.

§ 40. El orgullo es igual en todos los hombres; solo se diferencia en el modo y en los medios de manifestarle.

Reflexiones o sentencias: 05

§ 41. Parece que la naturaleza, que tan sabiamente ha dispuesto los órganos de nuestro cuerpo para hacernos felices, nos ha dado también el orgullo para excusarnos el dolor de conocer nuestras imperfecciones.

§ 42. Mas parte tiene en las advertencias que hacemos a los que yerran el orgullo que la bondad; y no tanto los reprehendemos para corregirlos, como para persuadirles que estamos exentos de aquellos defectos.

§ 43. Prometemos según nuestras esperanzas, y cumplimos según nuestros temores.

§ 44. El interés habla todos los idiomas y representa todos los papeles; hasta el del desinteresado.

§ 45. El interés que ciega a unos, sirve de luz a otros.

§ 46. Hácense ordinariamente incapaces de grandes cosas los que se aplican demasiado a menudencias.

§ 47. No son suficientes nuestras fuerzas para poder ir en todo con nuestra razón.

§ 48. Creen comúnmente los hombres conducirse, cuando son conducidos; y mientras su espíritu los dirige hacia un objeto, los arrastra insensiblemente su corazón hacia otro.

§ 49. Solo percibimos las alteraciones y movimientos extraordinarios de nuestros humores y temperamento, como la violencia de la cólera; pero casi nadie conoce que estos humores tienen un curso ordinario y reglado que mueve e inclina dulce e imperceptiblemente nuestra voluntad a diferentes acciones. Caminan juntos, por decirlo así, y ejercen sucesivamente un secreto imperio en nosotros mismos: de modo que les somos deudores, sin que podamos advertirlo, de una parte considerable de todas nuestras acciones.

§ 50. Mal denominadas están la fuerza y la debilidad del espíritu; pues no son en efecto otra cosa que la buena o mala disposición de los órganos del cuerpo.

Reflexiones o sentencias: 06

§ 51. Aun más extravagante es el capricho de nuestro humor que el de la fortuna.

§ 52. La complexión que produce un talento propio para bagatelas, es contraria a la que le produce propio para cosas grandes.

§ 53. El apego o la indiferencia de los filósofos a la vida no es más que una complacencia de su amor propio; de que debemos disputar tanto como del gusto del paladar, o de la elección de los colores.

§ 54. Es una especie de felicidad el conocer hasta que punto debemos ser felices.

§ 55. Nuestro humor es el que pone precio a todo lo que nos da la fortuna.

§ 56. La felicidad está en el gusto, y no en las cosas. Entonces es uno feliz cuando posee lo que ama, y no cuando tiene lo que es amable para los otros.

§ 57. En vano nos fatigamos en buscar fuera de nosotros el reposo que no hallamos dentro de nosotros mismos.

§ 58. Nunca somos tan felices ó infelices como imaginamos.

§ 59. Los que se creen beneméritos tienen a honor ser desgraciados; para persuadirse a sí y a los otros que son dignos de ser el blanco de la fortuna.

§ 60. Nada debe disminuir más la satisfacción que tenemos de nosotros mismos, que el ver que en un tiempo desaprobamos lo que aprobamos en otro.

Reflexiones o sentencias: 07

§ 61. Por diferentes que nos parezcan las fortunas, hay sin embargo una cierta compensación de bienes y de males que las iguala.

§ 62. Por grandes ventajas que dé la naturaleza; no es sin embargo ella sola, sino también la fortuna, la que hace los héroes.

§ 63. El desprecio de las riquezas era en los filósofos un deseo oculto de vengar su mérito de la injusticia de la fortuna, por el desprecio de los mismos bienes de que los privaba; era un secreto para ponerse a cubierto del envilecimiento de la pobreza: era un camino tortuoso para llegar a la estimación que por las riquezas no podían adquirir.

§ 64. El odio a los privados no es más que el amor del favor. El despecho de no tenerle se consuela y mitiga con el desprecio que se manifiesta de los que le tienen; y les rehusamos nuestros homenajes, ya que no podemos quitarles lo que les atrae de todo el mundo.

§ 65. Para establecernos en el mundo hacemos lo posible por aparentar que lo estamos.

§ 66. Por mas que los hombres se lisonjeen de sus grandes aciertos; no son estos por lo común efectos de una perfecta combinación, sino de la casualidad.

§ 67. Parece que nuestras acciones tienen estrellas felices o infelices, a que deben una gran parte de la alabanza o vituperio que se les da.

§ 68. No hay accidentes, por fatales que sean, de que no saquen los sabios alguna ventaja; ni accidentes tan prósperos, que no puedan los imprudentes convertir en su daño.

§ 69. Todo lo endereza la fortuna en beneficio de los que favorece.

§ 70. La felicidad o infelicidad de los hombres depende no menos de su humor que de la fortuna.

Reflexiones o sentencias: 08

§ 71. Para poder responder de nuestras acciones futuras, sería preciso poder responder de nuestra fortuna.

§ 72. La sinceridad es una efusión del corazón. Muy pocos la tienen; y la que ordinariamente vemos no es sino un refinado disimulo para ganar la confianza de los demás.

§ 73. La aversión a la mentira es regularmente una imperceptible ambición de hacer dignos de consideración nuestros testimonios, y de merecer a nuestras palabras un respeto de religión.

§ 74. No hace tanto bien en el mundo la verdad, como mal sus apariencias.

§ 75. ¿Cómo podremos decir lo que queremos en adelante, si no sabemos precisamente lo que queremos al presente?

§ 76. Aunque no puede la prudencia asegurarnos del menor acontecimiento, no hay sin embargo elogios que no la tributemos.

§ 77. Un hombre sabio debe reglar sus intereses, y ponerlos cada uno en su orden. Nuestra avaricia le turba por lo regular; haciéndonos atender a un tiempo a tantas cosas, que por desear demasiado las de menos importancia, olvidamos las más considerables.

§ 78. Es el amor respecto del alma del amante, lo que el alma respecto del cuerpo que anima.

§ 79. Es la gentileza respecto del cuerpo, lo que el entendimiento respecto del espíritu.

§ 80. Difícil es definir al amor. Lo que de él se puede decir es, que en el alma es una pasión de reinar, en los espíritus un simpatía, y en el cuerpo un apetito oculto y delicado de poseer lo que se ama después de muchos misterios.

Reflexiones o sentencias: 09

§ 81. Si hay algún amor puro y sin mezcla de las demás pasiones, es el que está oculto en el fondo del corazón e ignoramos nosotros mismos.

§ 82. No hay disfraz que pueda ocultar por largo tiempo el amor donde le hay, o fingirle donde no le hay.

§ 83. Como nunca somos libres en amar o dejar de amar; ni puede el amante quejarse con justicia de la inconstancia de su amada, ni ésta de la ligereza de su amante.

§ 84. Pocos hay que, cuando ya no se aman, no se avergüencen de haberse amado.

§ 85. Si juzgamos del amor por la mayor parte de sus efectos, se asemeja más al odio que a la amistad.

§ 86. Podrán hallarse mujeres que nunca hayan tenido cortejo; pero es difícil hallarlas que solo hayan tenido uno.

§ 87. No hay más que una especie de amor; pero hay mil diferentes copias de él.

§ 88. El amor, igualmente que el fuego, no puede subsistir sin un movimiento continuo; y se acaba luego que falta la esperanza o el temor.

§ 89. Sucede con el verdadero amor lo que con la aparición de los espíritus: todo el mundo habla de ellos, y pocos los han visto.

§ 90. El amor presta su nombre a un número infinito de comercios que se le atribuyen, y en que tiene tanta parte como el Dux en lo que se hace en Venecia.

Reflexiones o sentencias: 10

§ 91. No es otra cosa el deseo de justicia, sino un vivo recelo de que nos desposean de lo nuestro. De aquí proviene aquella consideración y aquel respeto a los intereses del próximo, y aquella escrupulosa aplicación a no perjudicarlo en nada. Este temor retiene al hombre en los límites de aquellos bienes que debe al nacimiento o a la fortuna; y sin él usurparla a los otros cuantos pudiese.

§ 92. La justicia en los Jueces moderados no es más que el deseo de su elevación.

§ 93. Vituperamos la injusticia, no por la aversión que la tenemos, sino por el perjuicio que nos ocasiona.

§ 94. El amor a la justicia en la mayor parte de los hombres no es otra cosa que el temor de sufrir la injusticia.

§ 95. El silencio es el partido más seguro de quien desconfía de sí mismo.

§ 96. Lo que nos hace tan inconstantes en nuestras amistades, es la dificultad de conocer las calidades del alma, y la facilidad de conocer las del ingenio.

§ 97. Nada podemos amar sino con relación a nosotros mismos, ni hacemos más que seguir nuestro gusto y placer cuando preferimos nuestros amigos a nosotros mismos: pero no obstante, solo cuando haya esta preferencia será verdadera y perfecta la amistad.

§ 98. La reconciliación con nuestros enemigos es un deseo de mejorar nuestra condición; un cansancio ya de la guerra, y un temor de algún mal suceso.

§ 99. Cuando nos cansamos de amar, celebramos la infidelidad de la otra parte, por quedar quitos de nuestra fidelidad.

§ 100. El primer movimiento de gozo que tenemos por la felicidad de nuestros amigos, ni proviene de nuestra bondad natural, ni de la amistad que les profesamos: es un efecto del amor propio que nos lisonjea con la esperanza de lograr nuestro turno de felicidad, o de sacar algún partido de su buena fortuna.

Reflexiones o sentencias: 11

§ 101. Lo que los hombres llaman amistad no es más que una compañía, un manejo recíproco de intereses, un cambio de buenos oficios; en fin un comercio en que el amor propio siempre se propone ganar algo.

§ 102. Más vergonzoso es desconfiar de sus amigos, que ser engañado de ellos.

§ 103. Nos persuadimos de ordinario a que amamos a los más poderosos que nosotros; y solo es el interés el que produce nuestra amistad. No se la profesamos por el bien que les queremos hacer, sino por el que de ellos esperamos recibir.

§ 104. Siempre hallamos algo que no nos desagrada en la adversidad de nuestros mayores amigos.

§ 105. ¿Cómo queremos que guarde otro un secreto, cuando no hemos podido nosotros guardarlo?

§ 106. Tiene también el amor propio, como si no le bastara la de transformarse a sí mismo, la virtud de transformar los objetos; y lo hace de un modo bien extraño. No solo los disfraza tan bien que se engaña a sí propio, sino que muda también el estado y naturaleza de las cosas. Efectivamente; cuando nos es contraria una persona y convierte contra nosotros su odio y persecución, juzga sus acciones nuestro amor propio con toda la severidad de la justicia, da a sus defectos una extensión que los hace enormes, y nos propone sus buenas prendas de un modo tan poco ventajoso, que nos disgustan mas que sus propios defectos. Pero conviértase en nuestro favor esta misma persona, o reconcíliela con nosotros algún interés; nuestra satisfacción sola restituye bien pronto a su mérito todo el lustre que acababa de quitarle nuestra aversión; desaparecen sus malas calidades; comparecen las buenas mucho más ventajosamente que antes, y empleamos toda nuestra indulgencia en justificar la guerra que nos había hecho. Aunque todas las pasiones demuestren esta verdad, el amor la hace ver mas claramente que las otras; pues vemos a un amante, agitado de la rabia que le ha causado el olvido o infidelidad de su amada, meditar para su venganza todo lo más violento que inspira esta pasión: pero al punto que su presencia calma el furor de sus movimientos; su regocijo hace inocente a la belleza, se acusa solo a sí mismo, condena sus condenaciones; y por esta milagrosa virtud del amor propio, quita toda la fealdad a las acciones de su amada, y se achaca a sí mismo el delito de que la acusaba.

§ 107. La ceguera de los hombres es el efecto más peligroso del orgullo. Sirve para nutrirle y aumentarle, y nos quita el conocimiento de los remedios que pudieran aliviar nuestras miserias y curar nuestros desarreglos.

§ 108. Cuando no esperamos hallar razón en los demás, tampoco la tenemos nosotros.

§ 109. No desterraron los Filósofos, y en especial Séneca, los vicios con sus preceptos; ni hicieron más que emplearlos en la fábrica del orgullo.

§ 110. Nuestra desconfianza justifica el engaño de otro.

Reflexiones o sentencias: 12

§ 111. No vivirían mucho tiempo los hombres en sociedad, si no fuesen los unos víctimas de la astucia de los otros.

§ 112. Nuestro amor propio aumenta o disminuye las buenas prendas de nuestros amigos, a proporción de la satisfacción que tenemos de ellos; y juzgamos de su mérito, por el modo con que se portan con nosotros.

§ 113. Todos se quejan de su memoria, y nadie de su juicio.

§ 114. Más agradamos comúnmente en el comercio de la vida por nuestros defectos, que por nuestras buenas prendas y calidades.

§ 115. No tiene la menor apariencia de tal la mayor ambición, cuando se halla en una absoluta imposibilidad de llegar a lo que aspira.

§ 116. Desengañar a un hombre preocupado de su mérito, es hacerle tan mala obra, como se hizo al loco de Atenas, que creía eran suyos todos los bajeles que llegaban al puerto.

§ 117. Gustan los viejos de dar buenos consejos, para consolarse de no estar ya en estado de dar malos ejemplos.

§ 118. Los nombres célebres envilecen, en lugar de engrandecer, a los que no saben sostenerlos.

§ 119. La señal de un mérito extraordinario es ver a los que mas le envidian precisados a alabarle.

§ 120. Algunos ingratos son menos culpables de su ingratitud, que los que les han hecho el beneficio.

Reflexiones o sentencias: 13

§ 121. Nos engañamos creyendo que el ingenio y el juicio son dos cosas diferentes. El juicio no es más que la extensión de las luces del ingenio; las cuales penetran hasta el fondo de las cosas, observan en ellas todo lo que merece notarse, y perciben aun lo que parece imperceptible. Así pues conviene quedemos de acuerdo en que la extensión de las luces del ingenio es la que produce todos los efectos atribuidos al juicio.

§ 122. Cada cual habla bien de su corazón, y nadie se atreve a hablar de su ingenio.

§ 123. La cultura del ingenio consiste en pensar en cosas honestas y delicadas.

§ 124. La agudeza del ingenio consiste en decir cosas placenteras de un modo agradable.

§ 125. Sucede frecuentemente parecer perfectas las cosas a nuestro ingenio, porque no es capaz de hacerlas con mayor perfección.

§ 126. Siempre es el ingenio burlado por el corazón.

§ 127. No todos los que conocen su ingenio conocen su corazón.

§ 128. Los hombres y los negocios tienen su punto de vista. Unos deben mirarse de cerca para juzgar bien de ellos, y de otros no se puede juzgar tan bien, si no se miran de lejos.

§ 129. No es racional el que por acaso descubre la razón; sino el que la conoce, la discierne, y gusta de ella.

§ 130. Para entender bien las cosas es necesario saber su pormenor; y como este es casi infinito, son siempre superficiales e imperfectos nuestros conocimientos.

Reflexiones o sentencias: 14

§ 131. Disimular la coquetería es una coquetería refinada.

§ 132. No puede el ingenio representar por mucho tiempo el papel del corazón.

§ 133. La juventud es inconstante en sus gustos por el ardor de la sangre; y la vejez tenaz en los suyos por costumbre.

§ 134. Nada damos con tanta liberalidad como los consejos.

§ 135. Cuanto más amamos a una mujer, estamos más próximos a aborrecerla.

§ 136. Con la vejez se aumentan los defectos del ingenio así como los del rostro.

§ 137. Hay buenos matrimonios; pero no los hay deliciosos.

§ 138. No podemos consolarnos de ser engañados por nuestros enemigos, y vendidos por nuestros amigos; pero quedamos regularmente satisfechos cuando lo somos por nosotros mismos.

§ 139. Tan fácil es engañarse uno a sí mismo sin conocerlo, como difícil engañar a los otros sin que lo entiendan.

§ 140. En nada hay menos sinceridad que en el modo de pedir y dar consejos. El que los pide afecta una respetuosa deferencia a los sentimientos de su amigo, aunque no piense sino en hacerle aprobar los suyos y garante de su conducta: y el que los da paga la confianza que se le manifiesta con un celo ardiente y desinteresado, aunque no busque ordinariamente en los consejos que da, sino su propio interés o gloria.

Reflexiones o sentencias: 15

§ 141. La más sutil astucia de todas es saber fingir bien haber caído en los lazos que nos han armado; y nunca tan fácilmente somos engañados, como cuando pensamos engañar á otros.

§ 142. La intención de nunca engañar nos expone á ser engañados frecuentemente.

§ 143. Tan acostumbrados estamos á disfrazarnos para con los otros, que finalmente nos disfrazamos para con nosotros mismos.

§ 144. Las traiciones que hacemos provienen mas ordinariamente de debilidad, que de un designio deliberado.

§ 145. Hacemos frecuentemente bien para poder impunemente hacer mal.

§ 146. Si resistimos á nuestras pasiones, mas es por su debilidad que por nuestra fuerza.

§ 147. Apenas habría placer si nunca se lisonjeara.

§ 148. Toda su vida están afectando los mas diestros vituperar los artificios, para usar con fruto de ellos en alguna grande ocasión, y por algún crecido interés.

§ 149. La señal mas característica de un alma baja es el uso común y ordinario del artificio y doblez; y casi siempre sucede, que el que se vale de ellos para cubrirse por una parte, se descubre por otra.

§ 150. Las astucias y roñerías provienen de la falta de habilidad.

Reflexiones o sentencias: 16

§ 151. El verdadero medio de ser engañado, es creerse más astuto que los demás.

§ 152. La demasiada sagacidad es una falsa delicadeza, y la verdadera delicadeza es una sólida sagacidad.

§ 153. A veces basta ser ignorante para no ser engañado por un hombre hábil.

§ 154. La debilidad es el único defecto que no se puede corregir.

§ 155. El menor defecto de las mujeres abandonadas al galanteo, es el galanteo.

§ 156. Más fácil es ser sabio para los otros, que serlo para nosotros mismos.

§ 157. Los más sabios lo son en las cosas indiferentes; pero casi nunca lo son en sus más importantes negocios.

§ 158. La más sutil locura es hija de la más sutil sabiduría.

§ 159. La sobriedad es el amor á la salud, ó la imposibilidad de comer mucho.

§ 160. Las únicas buenas copias son las que nos hacen ver lo ridículo de los malos originales.

Reflexiones o sentencias: 17

§ 161. Nunca somos tan ridículos por las calidades que tenemos, como por las que afectamos tener.

§ 162. Tan indiferentes somos á veces respecto de nosotros mismos, como respecto de los demás.

§ 163. Hay algunos que jamás hubieran amado, si nunca hubieran oído hablar del amor.

§ 164. Hablamos poco cuando la vanidad no nos hace hablar.

§ 165. Más queremos decir mal de nosotros mismos, que dejar de hablar de nosotros mismos.

§ 166. Una de las causas por que hay tan pocos que parezcan razonables y agradables en la conversación, es por no haber casi ninguno que no piense mas en lo que quiere decir, que en responder precisamente á lo que se le dice. Los mas hábiles y complacientes se contentan con mostrar un semblante atento, al mismo tiempo que se nota en sus ojos y en su espíritu una distracción de lo que se les está diciendo, y una precipitación por volver á lo que quieren decir: en vez de considerar que es un mal medio de agradar á los otros ó persuadirlos, el procurar tanto agradarse á sí mismos; y que así el escuchar bien, como el contestar bien, son una de las mayores perfecciones que se pueden apetecer en una conversación.

§ 167. Un hombre de talento se vería frecuentemente embarazado sin la compañía de los necios.

§ 168. Blasonamos comúnmente de nuestra paciencia y tolerancia; y no podemos sufrir sin inquietud una compañía desagradable.

§ 169. Nunca se olvidan mejor las cosas, que cuando nos llega á cansar el hablar de ellas.

§ 170. Así como es carácter de los grandes ingenios decir mucho en pocas palabras, lo es también de los pequeños el don de hablar mucho sin decir nada.

Reflexiones o sentencias: 18

§ 171. Mas exageramos las buenas calidades de los otros por dar á entender nuestro discernimiento, que por recomendar su mérito; y queremos granjearnos los elogios, cuando parece que los tributamos.

§ 172. Ni gustamos de alabar á otros, ni lo hacemos jamás sin interés. La alabanza es una fina lisonja, oculta y delicada, que satisface diferentemente al que la da y al que la recibe: éste la toma como recompensa de su mérito, y aquel la da por manifestar su discernimiento y equidad.

§ 173. Usamos regularmente de unas alabanzas emponzoñadas, que de resulta descubren en aquellos á quienes alabamos los defectos que de otro modo no nos atrevemos á manifestar.

§ 174. Regularmente alabamos solo por ser alabados.

§ 175. Pocos hay tan diestros, que sepan preferir el útil vituperio á la peligrosa alabanza.

§ 176. Ni alabamos la virtud, ni vituperamos el vicio, sino por interés.

§ 177. Hay reprehensiones que elogian, y elogios que reprehenden.

§ 178. La modestia que parece rehusar las alabanzas, no es efectivamente otra cosa que un deseo de conseguir otras mayores.

§ 179. Rehusar las alabanzas, es un deseo de ser alabado dos veces.

§ 180. Los elogios que se nos tributan sirven á lo menos para fijarnos en la práctica de las virtudes.

Reflexiones o sentencias: 19

§ 181. El deseo de merecer los elogios que se nos tributan, fortifica nuestra virtud; y los que se dan al ingenio, al valor y á la belleza, contribuyen á aumentarlos.

§ 182. Mas difícil es el estorbar que nos gobiernen, que gobernar á otros.

§ 183. No podría perjudicarnos la lisonja de los otros, si no nos lisonjeásemos á nosotros mismos.

§ 184. No distinguimos las especies de cólera; siendo así que hay una leve y casi inocente que proviene del ardor de la complexión, y otra muy criminal que es, hablando con propiedad, el furor del orgullo.

§ 185. La naturaleza da el mérito, y la fortuna le hace valer.

§ 186. Las almas grandes no son aquellas que tienen menos pasiones y más virtud que las comunes, sino las que tienen más vastos designios.

§ 187. Muchos defectos que no podría corregir la razón, los corrige la fortuna.

§ 188. Hay unos que desagradan á pesar de su mérito, y otros que agradan a pesar de sus defectos.

§ 189. Hay personas cuyo mérito consiste en decir y hacer útilmente necedades, y que lo perderían todo si mudasen de conducta.

§ 190. Hacen los reyes con los hombres lo que con las monedas: les dan el valor que quieren, y hay precisión de recibirlas según su curso y no según su verdadero precio.

Reflexiones o sentencias: 20

§ 191. La gloria de los grandes hombres se debe siempre medir por los medios de que se han valido para adquirirla.

§ 192. La adulación es una moneda falsa, que solo tiene curso por nuestra vanidad.

§ 193. No basta tener grandes calidades; es necesario usarlas con economía.

§ 194. Por brillante que sea una acción, no se debe calificar de grande, sino cuando sea resultado de una grande combinación.

§ 195. Debe haber cierta proporción entre las acciones y los designios, si queremos sacar de ellas todas las ventajas que pueden producir.

§ 196. El arte de saber emplear bien las mediocres calidades, es el que granjea la estimación, y da por lo común mas reputación que el verdadero mérito.

§ 197. Hay infinitos modos de conducirse que parecen ridículos, y cuyas ocultas razones son muy sabias y muy sólidas.

§ 198. Mas fácil es parecer digno del puesto que no se tiene, que del que se ocupa.

§ 199. Nuestro mérito nos granjea la estimación de los hombres de bien, y nuestra estrella la del público.

§ 200. Mas recompensa por lo regular en el mundo la apariencia del mérito, que el mérito mismo.

Reflexiones o sentencias: 21

§ 201. Mas opuesta es á la economía la avaricia que la liberalidad.

§ 202. Menos crueles hace la ferocidad natural que el amor propio.

§ 203. Por engañosa que sea la esperanza, sirve á lo menos de conducirnos al fin de la vida por un camino delicioso.

§ 204. Siendo así que por pereza y timidez nos contenemos en los límites de nuestra obligación, se lleva la virtud ordinariamente todo el honor.

§ 205. Difícil es juzgar si un proceder claro, sincero y honesto es efecto de probidad ó de simulación.

§ 206. Lo que el mundo llama virtud, es por lo común un fantasma formado por nuestras pasiones, á que se da un nombre honesto, para hacer impunemente cuanto se quiera.

§ 207. De tal modo estamos preocupados en nuestro favor, que lo que regularmente tenemos por virtudes, no es en realidad sino un número de vicios que se les parecen, y que el orgullo y el amor propio nos han disfrazado.

§ 208. Se pierden las virtudes en el interés, como los ríos en el mar.

§ 209. Si examinamos bien los varios efectos del enojo, hallaremos que nos hace faltar á más obligaciones que el interés.

§ 210. Varias clases hay de curiosidad: una de interés, que nos incita á desear saber lo que puede sernos útil; y otra de orgullo, que nace del deseo de saber lo que los otros ignoran.

Reflexiones o sentencias: 22

§ 211. Mas vale emplear nuestro talento en sobrellevar los infortunios que nos acaecen, que en prever los que nos pueden suceder.

§ 212. La constancia en el amor es una perpetua inconstancia que hace á nuestro corazón adherirse sucesivamente á todas las calidades de la persona amada, dando la preferencia ya á una y ya á otra; de modo que esta constancia no es mas que una inconstancia circunscrita y encerrada en un mismo sujeto.

§ 213. Dos clases de constancia hay en el amor; la una proviene de encontrar continuamente en el objeto amado nuevos motivos de amarle, y la otra de hacer punto de honor la misma constancia.

§ 214. La perseverancia no es digna de alabanza ni de vituperio; pues no es más que la duración de los gustos y de los sentimientos, que ni se da ni se quita.

§ 215. Lo que nos hace apetecibles las nuevas conexiones no es tanto el fastidio de las antiguas ó el placer de la novedad, como el disgusto de no ser bastante admirados de los que ya nos conocen bien, y la esperanza de serlo mas de los que no nos conocen tanto.

§ 216. A veces nos quejamos ligeramente de nuestros amigos por justificar con anticipación nuestra ligereza.

§ 217. Nuestro arrepentimiento no tanto es un pesar del mal que hemos hecho, como un temor del que nos puede sobrevenir.

§ 218. Hay una inconstancia que nace de la liviandad del espíritu, ó de su debilidad, que le hace admitir todas las opiniones de otro; y hay otra mas excusable que proviene del disgusto de las cosas.

§ 219. Entran los vicios en la composición de las virtudes, como los venenos en la confección de los medicamentos. La prudencia los mezcla y modifica, y se sirve de ellos con utilidad para los males de la vida.

§ 220. Hay crímenes que llegan á ser inocentes y aun gloriosos por su brillo, su número y su exceso. De aquí es que damos el nombre de raterías á las pequeñas usurpaciones, y el de conquistas al apoderarse injustamente de provincias y reinos enteros.

Reflexiones o sentencias: 23

§ 221. Conviene quedar de acuerdo en honor de la virtud, en que la mayor infelicidad de los hombres es aquella que les acarrea sus delitos.

§ 222. Confesamos nuestros defectos para reparar, por nuestra sinceridad, el perjuicio que nos causan en el espíritu de los otros.

§ 223. Nunca confesamos nuestros defectos sino por vanidad.

§ 224. Hay héroes en lo malo como en lo bueno.

§ 225. No despreciamos á todos los que tienen vicios; pero sí á todos los que no tienen ninguna virtud.

§ 226. Tan útilmente sirve al interés el nombre de la virtud, como los vicios.

§ 227. No es más segura la salud del alma que la del cuerpo: y aunque nos parezca estar distantes de las pasiones; no hay menos peligro de dejarnos llevar de ellas, que de caer enfermos cuando estamos sanos.

§ 228. Parece que la naturaleza ha prescrito á cada hombre los límites para las virtudes y los vicios.

§ 229. Solo es de los hombres grandes el tener grandes defectos.

§ 230. Puede decirse que nos esperan los vicios en el discurso de la vida, como otros tantos mesoneros con quienes es necesario alojarnos sucesivamente; y dudo que la experiencia nos los hiciese evitar, aun cuando nos fuera permitido andar dos veces el mismo camino.

Reflexiones o sentencias: 24

§ 231. Cuando nos dejan los vicios, nos lisonjamos creyendo que los dejamos nosotros á ellos.

§ 232. Hay recaídas en las enfermedades del alma, como en las del cuerpo: la que creemos perfecta curación no es por lo común otra cosa sino una como suspensión del achaque, ó haberse cambiado en otro de diferente naturaleza.

§ 233. Los defectos del alma son como las heridas del cuerpo: por mucho cuidado que pongamos en curarlas, siempre queda la cicatriz, y están expuestas á cada momento al peligro de volverse á abrir.

§ 234. Lo que por lo común nos impide abandonarnos á un solo vicio, es que tenemos muchos.

§ 235. Bien pronto olvidamos nuestras faltas, cuando solo de nosotros son conocidas.

§ 236. Hay personas de quienes no debemos creer mal sin haberlo visto; pero no debemos sorprendernos al verle en quien quiera que sea.

§ 237. Los incapaces de cometer grandes crímenes no los sospechan fácilmente de otros.

§ 238. Enalzamos la gloria de unos para abatir ó rebajar la de otros: y algunas veces elogiáramos menos á Pedro, si no quisiésemos vituperar á Pablo; y al contrario.

§ 239. El deseo de parecer hábil sirve ordinariamente de impedimento para serlo.

§ 240. No adelantaría mucho la virtud, si no la acompañase la vanidad.

Reflexiones o sentencias: 25

§ 241. Engañase mucho quien crea poder hallar en sí mismo con que pasar sin el sufragio de los otros; pero se engaña mucho mas quien crea no pueden pasar los otros sin el suyo.

§ 242. La pompa de los entierros sirve más á la vanidad de los vivos, que al honor de los muertos.

§ 243. Los fingidos hombres de bien son los que disfrazan sus defectos á los otros y á sí mismos: los hombres de bien verdaderos son los que los conocen perfectamente y los confiesan.

§ 244. El verdadero hombre de bien, es el que en nada aspira á la gloria mundana.

§ 245. La gravedad de las mujeres es un arreo, que añaden á su belleza.

§ 246. La honestidad de las mujeres es por lo regular el amor de su reputación y quietud.

§ 247. Es ser á todas luces hombre de bien, querer estar siempre expuesto á la vista de los que lo son.

§ 248. En todos los periodos de la vida nos acompaña la locura. Si alguno parece cuerdo, solo es porque sus locuras son proporcionadas á su edad y á su fortuna.

§ 249. Hay necios que se conocen y manejan con destreza sus necesidades.

§ 250. Quien vive sin locura, no es tan cuerdo como lo imagina.

Reflexiones o sentencias: 26

§ 251. Con la vejez llegamos á ser mas locos y mas cuerdos.

§ 252. Hay personas que se parecen á las seguidillas, que se cantan solo una temporada.

§ 253. La mayor parte de la gente juzga de los hombres por la aceptación que tienen, ó por su fortuna.

§ 254. Por incertidumbre y variedad que aparezca en el mundo; se nota no obstante un cierto enlace secreto y un orden siempre reglado por la providencia, que hace que cada cosa

esté en su lugar y siga el curso de su destino.

§ 255. El amor de la gloria, el temor de la vergüenza, el intento de hacer fortuna, el deseo de hacer cómoda y agradable nuestra vida, y el ansia de abatir á los otros, son por lo regular las causas de aquel valor tan célebre entre los hombres.

§ 256. Es el valor en los simples soldados un oficio peligroso que han tomado para ganar la vida.

§ 257. El perfecto valor y la completa cobardía son dos extremos á que rara vez se llega. Es vasto el espacio que hay entre los dos, y contiene todas las otras especies de valentía: no hay menos diferencia entre ellas, que entre los rostros y los genios. Hombres hay que se exponen gustosos al principio de una acción, y que aflojan y se entibian fácilmente por su duración: otros quedan contentos luego que han satisfecho el honor del mundo, y no hacen mucho caso de lo demás. Hay quienes no siempre son igualmente señores de su miedo: unos se dejan llevar de terrores generales: otros cargan, por no atreverse á quedar en sus puestos. A muchos esfuerza el hábito de peligros menores, y los prepara para arrostrar otros mayores. Algunos son valientes á cuchilladas, y temen á la pólvora: otros temen pelear con espada, y no á escopetazos. Todas estas diferentes especies de valor convienen en que (aumentando la noche el temor, y cubriendo con su manto las buenas y malas acciones) dejan á cada uno la libertad de tomar el partido que le parece menos expuesto; porque no hay hombre que en una acción haga todo lo que seria capaz de hacer, si estuviese asegurado de salir de ella con felicidad: de modo que es palpable, que el temor de la muerte disminuye el valor una parte considerable.

§ 258. El perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que se hiciera delante de todo el mundo.

§ 259. La intrepidez es una fuerza extraordinaria del alma que la hace superior á las turbaciones, desórdenes y emociones que puede excitar en ella la consideración de los grandes peligros; y por esta fuerza se mantienen los héroes en un estado tranquilo, y conservan el uso de su razón en los accidentes mas espantosos y terribles.

§ 260. La intrepidez es la que sostiene al corazón en las conjuraciones; y el valor solo le da toda la firmeza necesaria en los peligros de la guerra.

Reflexiones o sentencias: 27

§ 261. Los que quisieran definir la victoria por su nacimiento, se verían tentados á llamarla como los poetas hija del cielo, pues no se halla su origen en la tierra. Efectivamente es el producto de una infinidad de acciones que, en lugar de tenerla por objeto, solo miran á los intereses particulares de los que las obran; pues proponiéndose todos los que componen un ejército su gloria propia y elevación, acarrear un bien tan grande y tan general.

§ 262. La hipocresía es un homenaje que tributa el vicio á la virtud.

§ 263. La mayor parte de los hombres se expone bastante en la guerra por salvar su honor;

pero pocos quieren siempre exponerse cuanto es necesario para que salga bien el designio por el cual se exponen.

§ 264. La vanidad, la vergüenza, y en especial el temperamento, forman de ordinario el valor de los hombres y la virtud de las mujeres.

§ 265. No queremos perder la vida, y queremos adquirir gloria: por eso los valientes hacen mayores esfuerzos y se valen de más ardides para evitar la muerte, que los tramposos para evitar la paga á que los compelen.

§ 266. No podemos responder de nuestro valor, si nunca nos hemos visto en el peligro.

§ 267. No hay casi nadie que en su primera edad no dé á conocer por donde han de flaquear su cuerpo y su espíritu.

§ 268. Sucede con el reconocimiento lo mismo que con la buena fe de los mercaderes: esta mantiene el comercio; y nosotros no pagamos porque es justo corresponder, sino por hallar más fácilmente quien nos preste.

§ 269. Por eso no pueden lisonjearse de reconocidos todos los que desempeñan las obligaciones del reconocimiento.

§ 270. La causa de paremos pequeño el reconocimiento de nuestros favorecidos es, que el orgullo del que da y el orgullo del que recibe, no pueden convenirse sobre el precio del beneficio.

Reflexiones o sentencias: 28

§ 271. La demasiada prisa en descargarse de alguna obligación contraída, es una especie de ingratitud.

§ 272. Más bien ponemos límites á nuestro reconocimiento, que á nuestros deseos y esperanzas.

§ 273. Apenas admiten corrección los dichosos; pues creen siempre tener razón, cuando la fortuna favorece su mala conducta.

§ 274. El orgullo no quiere, deber, y el amor propio no quiere pagar.

§ 275. El bien que de alguno hemos recibido pide que respetemos el mal que nos hace.

§ 276. Nada es tan contagioso como el ejemplo; y jamás hacemos grandes bienes ó grandes males, sin que produzcan otros semejantes. Imitamos las acciones buenas por emulación, y las malas por la malignidad de nuestra naturaleza, á quien retenía la vergüenza, y pone en libertad el ejemplo.

§ 277. Siempre es infeliz la imitación; y todo lo contrahecho desagrada con aquellas mismas cosas que encantan cuando son naturales.

§ 278. Gran locura es querer ser el único sabio.

§ 279. Por pretextos que demos á nuestras aflicciones, son regularmente la vanidad y el interés los que las causan.

§ 280. Hay en las aflicciones diversas clases de hipocresía. En la una, bajo pretexto de llorar la pérdida de una persona que nos era amada, nos lloramos a nosotros mismos; echamos menos la buena opinión que tenia de nosotros; lloramos la disminución de nuestros bienes, de nuestros placeres, de nuestra consideración: así los muertos tienen el honor de las lágrimas que no se derraman sino por los vivos. Digo que esta es una especie de hipocresía, porque en estas aflicciones nos engañamos á nosotros mismos. Hay otra hipocresía menos inocente, porque engaña á todo el mundo; y es la aflicción de ciertas personas que aspiran á la gloria de un ilustre é inmortal dolor. Después que el tiempo, que todo lo consume, hizo cesar el que efectivamente tenían; se obstinan en sus lágrimas, en sus quejas y en suspiros; se revisten de un personaje lúgubre y se empeñan en persuadir con todas sus acciones, que su pesar no acabará sino con su vida. Esta triste y molesta vanidad se nota regularmente en las mujeres ambiciosas. Como su sexo les cierra todos los caminos que conducen á la gloria, se esfuerzan en hacerse célebres por las muestras de una inconsolable aflicción. Hay además otra especie de lágrimas que nacen de muy pobres fuentes, que fácilmente corren y se secan: se llora por merecer el concepto de ser tiernos: se llora por ser compadecidos: se llora por ser llorados: se llora en fin por evitar la vergüenza de no llorar.

Reflexiones o sentencias: 29

§ 281. Nos oponemos tan porfiadamente á las más recibidas opiniones, más de ordinario por orgullo que por falta de luces: hallamos tomados en el buen partido los mejores lugares, y no queremos los últimos.

§ 282. No sentimos la pérdida de nuestros amigos según su mérito; sino según nuestras necesidades, y según la opinión que creemos haberles hecho tener de lo que valemos.

§ 283. Fácilmente nos consolamos de las desgracias de nuestros amigos, por cuanto nos dan ocasión de manifestarles nuestra ternura.

§ 284. Parece que triunfa la bondad del amor propio, y que éste se olvida de sí mismo, cuando trabajamos en utilidad de los otros. Sin embargo, esto es tomar el camino mas seguro para llegar á sus fines; es prestar á usura bajo pretexto de dar; es en fin ganarse á todos por un medio sagaz y delicado.

§ 285. Ninguno merece ser alabado de bueno, si no tiene la fuerza necesaria para ser malo; pues cualquiera otra bondad no es por lo regular mas que una pereza, ó una impotencia de la voluntad.

§ 286. Es muy difícil el distinguir la bondad general y común á todos, de la gran sagacidad y astucia.

§ 287. No es tan peligroso hacer mal á la mayor parte de los hombres, como hacerles demasiado bien.

§ 288. Para poder ser siempre buenos, es necesario crean los demás que nunca pueden ser para con nosotros impunemente malos.

§ 289. Nada lisonjea mas nuestro orgullo, que la confianza de los grandes; pues la miramos como un efecto de nuestro mérito, sin considerar que solo proviene las mas veces de vanidad ó de impotencia para guardar el secreto.

§ 290. La confianza de agradar es por lo común un medio de desagradar infaliblemente.

Reflexiones o sentencias: 30

§ 291. No vemos cómodamente lo que está mas allá de lo que vemos.

§ 292. La confianza que tenemos en nosotros mismos produce en gran parte la que tenemos en los demás.

§ 293. Hay una revolución general que trastorna el gusto de los espíritus, como las fortunas del mundo.

§ 294. La verdad es el fundamento y la razón de la perfección y de la belleza. No seria bella y perfecta una cosa, de cualquier naturaleza que sea, si no fuera verdaderamente todo lo que debe ser, y si no tuviera todo lo que debe tener.

§ 295. Puede decirse del agrado separado de la belleza, que es una simetría cuyas reglas se ignoran; una secreta relación de las facciones entre sí, y de estas facciones con los colores y con el aire de la persona.

§ 296. La coquetería es el fondo del caudal de las mujeres; pero no todas la ponen en práctica, porque en algunas la retiene el temor ó la razón.

§ 297. Incomodamos ordinariamente á los otros, cuando creemos no poderlos jamás incomodar.

§ 298. Pocas cosas hay imposibles en sí mismas; y mas que los medios, nos falta la aplicación para salir con ellas.

§ 299. La habilidad suma consiste en conocer bien el precio de las cosas.

§ 300. Grande habilidad es saber ocultar su propia habilidad.

Reflexiones o sentencias: 31

§ 301. Lo que parece generosidad no es por lo común otra cosa, que una ambición disfrazada, que desprecia los pequeños intereses por conseguir otros mayores.

§ 302. La fidelidad que se observa en la mayor parte de los hombres, es una invención del amor propio para ganar su confianza. Es un medio de hacernos superiores á los otros, y depositarios de las cosas más importantes.

§ 303. Todo lo desprecia la magnanimidad, por lograrlo todo.

§ 304. Es la magnanimidad un noble esfuerzo del orgullo, que hace al hombre señor de sí mismo, para hacerle señor de todas las cosas.

§ 305. No hay menos elocuencia en el tono de la voz, en los ojos y en el aire de la persona, que en la elección de las palabras.

§ 306. La verdadera elocuencia consiste en decir todo lo necesario, y en no decir más que lo que lo es.

§ 307. Hay personas á quienes dicen bien hasta sus mismos defectos, y otras que son desgraciadas con las mejores calidades.

§ 308. Tan ordinario es ver mudar los gustos, como extraordinario ver mudar las inclinaciones.

§ 309. El interés maneja toda clase de virtudes y de vicios.

§ 310. No es por lo común la humildad otra cosa que una fingida sumisión de que nos valemos para someter á los otros: es un artificio del orgullo que se humilla para ensalzarse; y aunque se transforme de mil modos, jamás está mejor disfrazado y mas en estado de engañar, que cuando se oculta bajo la capa de la humildad.

Reflexiones o sentencias: 32

§ 311. Todos los sentimientos tienen cada uno su tono de voz propio, sus gestos y sus semblantes: y esta relación buena ó mala, agradable ó desagradable, es la causa de que gusten ó disgusten las personas.

§ 312. En todas las profesiones afecta cada uno un aire y un exterior para parecer lo que quiere que le crean. Y así puede decirse que el mundo no se compone sino de gestos.

§ 313. La gravedad es un misterio del cuerpo, inventado para ocultar los defectos del espíritu.

§ 314. El buen gusto más proviene del juicio que del ingenio.

§ 315. El placer del amor es amar: y mas dichoso es uno por la pasión que tiene, que por la que se le profesa.

§ 316. El lujo y la demasiada civilidad en los estados son el presagio seguro de su decadencia; porque como todos los particulares se aplican á sus intereses propios, abandonan el bien público.

§ 317. La cortesanía es un deseo de ser tratado del mismo modo, y de ser tenido por hombre culto.

§ 318. La educación que comúnmente se da á los jóvenes, es un segundo amor propio que se les inspira.

§ 319. No hay pasión en que reine tan poderosamente el amor de sí mismo como en la del amor: y mas dispuestos estamos siempre á sacrificar el reposo de lo que amamos, que á perder el nuestro.

§ 320. Lo que se llama liberalidad no es de ordinario otra cosa que la vanidad de dar; la cual apetece mas que aquello que damos.

Reflexiones o sentencias: 33

§ 321. La compasión es ordinariamente un conocimiento de nuestros propios males en los males de otro: es una sagaz previsión de las infelicidades en que podemos caer. Socorremos á los otros para obligarlos á hacer otro tanto con nosotros en semejantes ocasiones; y estos servicios que les hacemos son, hablando con propiedad, beneficios adelantados que nos hacemos á nosotros mismos.

§ 322. La pequeñez de espíritu produce la terca obstinación: no podemos resolvernos á creer fácilmente lo que excede nuestros alcances.

§ 323. Es un engaño el creer que solo las pasiones violentas, como la ambición y el amor, pueden triunfar de las otras. La pereza, aunque tan débil, no deja de ser muchas veces la soberana: se señorea de todos los designios y acciones de la vida, y destruye y consume insensiblemente las pasiones y las virtudes.

§ 324. De todas las pasiones la más desconocida de nosotros mismos es la pereza. Es la mas ardiente y maligna de todas; á pesar de ser insensible su violencia y muy ocultos los daños que causa. Si consideramos atentamente su poder, veremos que se hace en todos lances señora de nuestros sentimientos, de nuestros intereses y de nuestros placeres: es la rémora que tiene la fuerza de detener los mayores bajeles: es una bonanza más peligrosa para los más importantes negocios, que los escollos y las mas deshechas tempestades. Es el reposo de la pereza un secreto encanto del alma, que suspende repentinamente los mas ardientes conatos y las mas porfiadas resoluciones: en fin, para dar la verdadera idea de esta pasión, es preciso decir, que la pereza es como una bienaventuranza del alma, que la consuela de todas sus pérdidas, y que ocupa en ella el vacío de todos los bienes.

§ 325. La prontitud en creer el mal, sin haberlo bien examinado, es un efecto del orgullo y de la pereza. Queremos hallar á los hombres culpables, y no queremos tomarnos el trabajo de examinar los crímenes.

§ 326. Recusamos los jueces en materia de pequeños intereses; y llevamos á bien que nuestra reputación y gloria dependan del juicio de los hombres, que todos nos son contrarios, ó por envidia, ó por preocupación, ó por ignorancia: y por solo hacerlos

pronunciar en nuestro favor, exponemos de tantos modos nuestro reposo y nuestra vida.

§ 327. Apenas hay hombre tan hábil que conozca todo el mal que hace.

§ 328. De muchas acciones diferentes, que ordena como quiere la fortuna, se forman muchas virtudes.

§ 329. El honor adquirido es un fiador del que se debe adquirir.

§ 330. La juventud es una continua embriaguez: es la fiebre de la razón.

Reflexiones o sentencias: 34

§ 331. Nada debía humillar más á los hombres que han merecido grandes alabanzas, que el cuidado que ponen en hacerse valer hasta por cosas mínimas.

§ 332. Queremos penetrar á los otros; pero no queremos que los otros nos penetren.

§ 333. Hay gentes que tienen aceptación en el mundo, sin tener más mérito que los vicios que sirven al comercio de la vida.

§ 334. Es una fastidiosa enfermedad el conservar la salud por un régimen muy prolijo.

§ 335. La gracia de la novedad es en el amor lo que la flor sobre los frutos, que les presta un lustre que fácilmente se extingue y que jamás vuelve.

§ 336. El buen natural, que blasona de ser tan sensible, es sofocado por el menor interés.

§ 337. La ausencia disminuye las pasiones mediocres y aumenta las grandes; así como el viento apaga una vela y enciende una hoguera.

§ 338. Más fácil es rendirse al amor cuando no estamos enamorados, que deshacernos de él cuando nos ha rendido.

§ 339. La mayor parte de las mujeres se rinde mas por debilidad que por pasión: de aquí proviene que los hombres atrevidos son por lo común los mas afortunados, aunque no sean los mas recomendables.

§ 340. En el amor, el amar poco es el medio mas seguro para ser amado.

Reflexiones o sentencias: 35

§ 341. La sinceridad que mutuamente se piden los amantes para saber uno y otro cuando dejarán de amarse, no tanto es por querer estar advertidos de cuando no se les amará, como por estar mejor asegurados de que se les ama cuando no se les dice lo contrario.

§ 342. Creen frecuentemente las mujeres amar, aun cuando todavía no aman. La ocupación

de una intriga, la emoción de espíritu que causa el galanteo, la inclinación natural al placer de ser amadas, el trabajo de la resistencia, las persuaden á que tienen pasión, cuando solo tienen coquetería.

§ 343. La más justa comparación que podemos hacer del amor es la de la fiebre: no tenemos más poder sobre el uno que sobre la otra, así por su violencia como por su duración.

§ 344. Vivimos regularmente poco satisfechos de los que negocian, porque abandonan casi siempre el interés de sus amigos por el interés del feliz éxito de la negociación; que le hacen suyo propio por el honor que les resulta de haber acertado á desempeñar su comisión.

§ 345. Cuando exageramos la ternura de nuestros amigos para con nosotros, no tanto es por reconocimiento, cuanto por el deseo de hacer comprender nuestro mérito.

§ 346. La aprobación que damos á los que de nuevo se establecen en el mundo, nace regularmente de la envidia secreta que tenemos á los que ya se hallan establecidos en él.

§ 347. La mayor habilidad de los menos avisados, es saber someterse al buen gobierno de otro.

§ 348. El orgullo, que nos inspira tanta envidia, nos sirve también muchas veces para moderarla.

§ 349. Hay falsedades disfrazadas, que representan tan al vivo la verdad, que seria no saber discernir el no dejarse engañar.

§ 350. No es á veces menor habilidad saber aprovecharse de un buen consejo, que aconsejarse bien á sí mismo.

Reflexiones o sentencias: 36

§ 351. Hay malvados que serian menos peligrosos, si no tuvieran bondad alguna.

§ 352. Bien definida está por su nombre la magnanimidad: sin embargo, podría decirse que es el buen sentido del orgullo, y el camino más noble para recibir las alabanzas.

§ 353. Es imposible amar segunda vez lo que una vez se dejó verdaderamente de amar.

§ 354. No es tanto la fecundidad del talento la que nos hace hallar muchos expedientes en un mismo negocio, cuanto la falta de luces: esta pobreza hace que nos paremos en todo lo que se presenta á nuestra imaginación, y nos impide discernir desde luego lo mejor.

§ 355. Hay negocios y enfermedades en que los medicamentos irritan á ciertos tiempos: la grande habilidad consiste en conocer cuando es peligroso su uso.

§ 356. La sencillez afectada es una delicada impostura.

§ 357. Mas defectos hay en el humor que en el espíritu.

§ 358. El mérito de los hombres tiene su tiempo y su sazón como los frutos.

§ 359. Se puede decir del humor de los hombres, lo que de la mayor parte de los edificios; que tienen muchas fachadas, unas agradables y desagradables otras.

§ 360. La moderación no puede tener el mérito de combatir y sojuzgar á la ambición, pues nunca se hallan juntas. La moderación es la languidez y pereza del alma, así como la ambición es su actividad y ardor.

Reflexiones o sentencias: 37

§ 361. Siempre gustamos de los que nos admiran: pero no siempre gustamos de los que admiramos nosotros.

§ 362. Es preciso que no podamos llegar á conocer todas nuestras voluntades.

§ 363. Difícil es amar á los que no estimamos: pero no lo es menos amar á los que estimamos mucho más que á nosotros.

§ 364. Tienen los humores del cuerpo un curso ordinario y reglado que mueve é inclina imperceptiblemente nuestra voluntad: caminan juntos y ejercen sucesivamente un imperio secreto en nosotros; de suerte que tienen una parte considerable en todas nuestras acciones, sin que nosotros podamos conocerlo.

§ 365. El reconocimiento de la mayor parte de los hombres, es un secreto deseo de recibir mayores beneficios.

§ 366. Casi todos hallan placer en corresponder á las pequeñas obligaciones: muchos reconocen las medianas; pero casi nadie deja de ser ingrato á las obligaciones mayores.

§ 367. Hay locuras que se pegan como las enfermedades contagiosas.

§ 368. Muchos desprecian los bienes; pero pocos saben darlos.

§ 369. No sucede de ordinario sino en los pequeños intereses, el que tomemos el partido de no creer en las apariencias.

§ 370. Por muy bien que nos hablen de nosotros, nunca nos dicen nada de nuevo.

Reflexiones o sentencias: 38

§ 371. Perdonamos por lo regular á los que nos fastidian; pero no perdonamos á los que se fastidian de nosotros.

§ 372. El interés, á quien se atribuye todos nuestros defectos, merece por lo común la gloria de nuestras buenas acciones.

§ 373. Casi no hallamos ingratos mientras estamos en proporción de hacer bien.

§ 374. Tan honesto es gloriarse uno consigo mismo, como ridículo hacerlo con otros.

§ 375. Hacemos virtud de la moderación para contener la ambición de los hombres grandes, y consolar á los medianos de su poca fortuna y mérito.

§ 376. Hay hombres destinados para tontos que hacen tonterías no solo por su elección, sino porque la misma fortuna los compele á hacerlas.

§ 377. Suceden á veces accidentes en la vida, de que para salir bien es preciso ser un poco locos.

§ 378. Hay hombres, en quienes si nunca se ha advertido la ridiculez, es porque no se ha buscado bien.

§ 379 La causa por qué los amantes no se cansan de estar juntos es, porque siempre hablan de sí mismos.

§ 380. ¿Por qué tenemos harta memoria para retener hasta las mas mínimas particularidades de lo que nos ha sucedido, y no tenemos la bastante para acordarnos de las veces que lo hemos contado á una misma persona?

Reflexiones o sentencias: 39

§ 381. El extremo placer que tenemos en hablar de nosotros mismos, nos debe hacer temer que no le daremos á los que nos escuchan.

§ 382. Lo que de ordinario nos impide descubrir el fondo de nuestro corazón á nuestros amigos, no tanto es la desconfianza que tenemos de ellos, como la que tenemos de nosotros mismos.

§ 383. Los débiles no pueden ser sinceros.

§ 384. No es una grande desgracia estar obligado á los ingratos; pero es insoportable el estar obligado á un pícaro.

§ 385. Remedios hay para curar la locura, pero no los hay para curar un espíritu revoltoso.

§ 386. No conservaríamos por mucho tiempo los sentimientos que debemos tener de nuestros amigos y bienhechores, si nos tomásemos la libertad de hablar á menudo de sus defectos.

§ 387. Loar á los príncipes de las virtudes que no tienen, es injuriarlos impunemente.

§ 388. Mas cerca estamos de amar á los que nos aborrecen, que á los que nos aman mas de lo que quisiéramos.

§ 389. Solo los despreciables son los que temen ser despreciados.

§ 390. No está menos á merced de la fortuna nuestra sabiduría, que nuestros bienes.

Reflexiones o sentencias: 40

§ 391. Hay en los celos mas amor propio que amor.

§ 392. Regularmente nos consolamos por debilidad de los males de que no nos puede consolar la razón.

§ 393. Más deshonra la ridiculez que el deshonor.

§ 394. No confesamos los defectos leves, sino para persuadir que no tenemos otros mayores.

§ 395. Más irreconciliable es la envidia que el odio.

§ 396. A veces creemos aborrecer la lisonja, y no aborrecemos sino el modo de lisonjear.

§ 397. Perdonamos en cuanto amamos.

§ 398. Mas difícil es el ser fiel á su amada un favorecido que un desdeñado.

§ 399. No conocen las mujeres toda su coquetería.

§ 400. No tienen las mujeres severidad completa, si no tienen aversión.

Reflexiones o sentencias: 41

§ 401. Menos pueden las mujeres vencer su coquetería, que su pasión.

§ 402. Más progresos hace casi siempre en el amor el engaño, que la desconfianza.

§ 403. Hay una cierta especie de amor cuyo exceso no da lugar á los celos.

§ 404. Sucede lo que con los sentidos con ciertas buenas calidades: que los que carecen de ellas, no las pueden percibir ni comprender.

§ 405. Cuando nuestro odio es demasiado vivo nos hace inferiores á los que aborrecemos.

§ 406. A proporción de nuestro amor propio sentimos nuestros bienes y nuestros males.

§ 407. El talento del mayor número de las mujeres sirve más para fortificar su locura que su razón.

§ 408. Casi no son mas opuestas á la salud las pasiones de la juventud, que la tibieza de la vejez.

§ 409. El acento del país en que se ha nacido permanece en el espíritu y en el corazón,

como en la lengua.

§ 410. Para ser hombre grande es necesario saber aprovecharse de toda su fortuna.

Reflexiones o sentencias: 42

§ 411. La mayor parte de los hombres tiene, como las plantas, propiedades ocultas que descubre la casualidad.

§ 412. Las ocasiones nos hacen conocer á los otros, y aun todavía más á nosotros mismos.

§ 413. No puede haber regla en el espíritu ni en el corazón de las mujeres, si no se conforma el temperamento.

§ 414. Casi no tenemos por hombres de buen sentido, sino á los que son de nuestro parecer.

§ 415. Cuando amamos, dudamos regularmente de lo que mas creemos.

§ 416. El mayor milagro del amor es curar la coquetería.

§ 417. Lo que nos indispone tanto con los que nos engañan, es que por el mismo hecho se presumen más diestros que nosotros.

§ 418. No cuesta mucho trabajo romper con uno, cuando ya no se le ama.

§ 419. Casi siempre nos enfadamos con quienes no nos es permitido enojarnos.

§ 420. Un hombre de bien puede amar como un loco, pero no como un necio.

Reflexiones o sentencias: 43

§ 421. Hay ciertos defectos que, bien manejados, brillan más que la misma virtud.

§ 422. La pérdida de algunas personas no nos aflige, pero las echamos menos; la de otras, aunque casi no las echamos menos, la sentimos.

§ 423. No aplaudimos por lo común de buena gana, sino á los que nos admiran.

§ 424. Las almas pequeñas se admiran mucho de cualquiera cosa; las grandes lo ven todo sin admirarse de nada.

§ 425. La humildad es la verdadera prueba de las virtudes cristianas: sin ella conservamos todos nuestros defectos, y están solo cubiertos por el orgullo que los oculta á los otros y comúnmente á nosotros mismos.

§ 426. Las infidelidades debieran extinguir el amor, y no deberíamos estar celosos cuando hay motivo. El que evita dar celos, es el único que merece se tengan de él.

§ 427. Mucho mas se desacredita cualquiera con nosotros por las menores infidelidades que nos hace, que por las muy grandes que haya hecho á otros.

§ 428. Los celos nacen siempre con el amor; pero no siempre mueren con él.

§ 429. La mayor parte de las mujeres llora la muerte de sus amantes, no tanto por haberlos amado, como por parecer dignas de ser amadas.

§ 430. Las violencias que se nos hacen nos causan menos pena, que las que nos hacemos á nosotros mismos.

Reflexiones o sentencias: 44

§ 431. Bien sabemos que casi no debemos hablar de nuestras mujeres; pero no nos persuadimos á que mucho menos debemos hablar de nosotros.

§ 432. Hay buenas calidades que degeneran en defectos cuando son naturales, y otras que nunca son perfectas cuando son adquiridas. Es necesario, por ejemplo, que la razón nos haga circunspectos en el ejercicio de nuestros bienes y de nuestra confianza; y al contrario, conviene que la naturaleza nos dé la bondad y el valor.

§ 433. Por desconfianza que tengamos de la sinceridad de los que nos hablan, siempre creemos que nos dicen á nosotros más verdad que á los demás.

§ 434. Pocas mujeres honestas hay que no estén cansadas de serlo.

§ 435. La mayor parte de las mujeres honestas son tesoros escondidos, que solo están seguros porque no son buscados.

§ 436. La violencia que nos hacemos para evitar el amor, es mucho más cruel que los rigores de lo que se ama.

§ 437. Apenas hay cobarde que conozca siempre todo su miedo.

§ 438. Es casi siempre por su culpa no conocer el que ama, cuando deja de ser amado.

§ 439. La mayor parte de los jóvenes creen ser naturales, no siendo sino rústicos y poco cultos.

§ 440. Hay ciertas lágrimas que nos engañan de ordinario á nosotros mismos después de haber engañado á los demás.

Reflexiones o sentencias: 45

§ 441. Nos engañamos, si creemos amar á una mujer por amor de ella.

§ 442. Los espíritus medianos condenan ordinariamente todo lo que excede sus alcances.

§ 443. La envidia se destruye por la verdadera amistad, y la coquetería por el verdadero amor.

§ 444. El mayor defecto de la penetración no es el no llegar al punto preciso, sino el pasarle.

§ 445. Se dan consejos, pero no se inspira conducta.

§ 446. Cuando se disminuye nuestro mérito, también se disminuye nuestro gusto.

§ 447. La fortuna hace ver nuestras virtudes y nuestros vicios, como la luz hace ver los objetos.

§ 448. La violencia que nos hacemos para permanecer fieles á lo que amamos casi equivale á una infidelidad.

§ 449. Nuestras acciones son como los consonantes forzados; que cada uno los aplica á lo que le acomoda.

§ 450. El deseo de hablar de nosotros y de hacer ver nuestros defectos por la parte que queremos mostrarlos bien, constituye una parte considerable de nuestra sinceridad.

Reflexiones o sentencias: 46

§ 451. No debiéramos maravillarnos, sino de poder todavía maravillarnos.

§ 452. Tan difíciles somos de contentar cuando tenemos mucho amor, como cuando casi no tenemos ninguno.

§ 453. Ninguno por lo común vive mas mortificado, que el que no puede sufrir el serlo.

§ 454. Un simple no tiene suficiente proporción para ser bueno.

§ 455. Si la vanidad no trastorna enteramente las virtudes, á lo menos las bambolea todas.

§ 456. Lo que nos hace insoportable la vanidad de los otros, es que pica la nuestra.

§ 457. Con más facilidad renunciamos nuestros intereses que nuestros gustos.

§ 458. A nadie parece tan ciega la fortuna, como á los que no favorece.

§ 459. Es preciso portarnos con la fortuna como con la salud: disfrutarla cuando es buena, tener paciencia cuando es mala, y nunca hacer grandes remedios sin una extrema necesidad.

§ 460. El aire de ciudad suele á veces perderse en el ejército; pero nunca en la corte.

Reflexiones o sentencias: 47

§ 461. Bien puede uno ser más sagaz que otro; pero no más que todos.

§ 462. Menos desgraciados somos á veces en ser engañados de lo que amamos, que en ser desengañados.

§ 463. Conservase largo tiempo el primer amante, cuando no se toma otro segundo.

§ 464. No tenemos ánimo para decir en general que carecemos de defectos, y que nuestros enemigos no tienen buenas prendas; pero en particular no estamos muy distantes de creerlo.

§ 465. De todos nuestros defectos, el que con menos pena confesamos es la pereza; persuadidos á que participa de todas las virtudes apacibles, y á que sin destruir enteramente las demás solo suspende sus funciones.

§ 466. Hay una elevación que no depende de la fortuna: es un cierto aire que nos distingue, y parece nos destina á grandes cosas: es un precio que imperceptiblemente nos damos á nosotros mismos. Por esta calidad nos usurpamos la deferencia de los demás hombres; y es lo que mas de ordinario nos hace sus superiores, que el nacimiento, las dignidades, y aun el mérito mismo.

§ 467. Hay mérito sin elevación; pero no hay elevación sin algún mérito.

§ 468. Es la elevación respecto del mérito, lo que el adorno respecto de la hermosura.

§ 469. Lo que menos hay en los galanteos es amor.

§ 470. Se sirve á veces la fortuna de nuestros defectos para elevarnos: y hay personas incómodas, cuyo mérito estaría mal recompensado, si no nos causara su ausencia algún disgusto.

Reflexiones o sentencias: 48

§ 471. Parece que ha escondido la naturaleza en el fondo de nuestro espíritu ciertos talentos y cierta habilidad que no conocemos nosotros, solas las pasiones tienen el derecho de descubrirlos, haciéndonos algunas veces llevar las cosas al punto de perfección que no pudiera el arte.

§ 472. Llegamos del todo nuevos á las diversas edades de la vida; y nos falta de ordinario la experiencia á pesar del número de años.

§ 473. Hacen las coquetas punto de honor de ser celosas de sus amantes, por ocultar que tienen envidia de las demás mujeres.

§ 474. Es indispensable que no nos parezcan tan ridículos los que caen en nuestros lazos, como nos parecemos á nosotros mismos cuando caemos en los de otros.

§ 475. La más peligrosa ridiculez de los viejos que han sido amados, es olvidarse de que ya no lo son.

§ 476. Nos avergonzáramos regularmente de nuestras mejores acciones, si viese el mundo los motivos que las producen.

§ 477. El mayor esfuerzo de la amistad, no es el manifestar nuestros defectos al amigo, sino el hacerle ver los suyos.

§ 478. Casi no hay defectos más perdonables, que los medios de que nos valemos para ocultarlos.

§ 479. Por vergüenza que hayamos merecido, casi siempre está en nuestra mano restablecer nuestra reputación.

§ 480. No agradan largo tiempo los que no tienen talento más que para una cosa.

Reflexiones o sentencias: 49

§ 481. Los locos y los necios no ven sino según su manía.

§ 482. No sirve á veces altamente el ingenio para hacer necesidades.

§ 483. La vivacidad que se aumenta con la vejez no está muy distante de la locura.

§ 484. En materia de amor, el que primero sana, es siempre el mejor curado.

§ 485. Las jóvenes que no quieran parecer coquetas, y los viejos que no quieran ser ridículos, nunca deben hablar del amor como de cosa en que pueden tener parte.

§ 486. Podemos parecer grandes en un empleo inferior á nuestro mérito; pero por lo regular parecemos pequeños en un empleo superior á nosotros.

§ 487. Creemos por lo común ser constantes en las adversidades, aun cuando no tenemos mas que abatimiento y las sufrimos sin osar arrostrarlas, como los cobardes se dejan matar por miedo de defenderse.

§ 488. Mas parte tiene en la conservación la confianza que el espíritu.

§ 489. Todas las pasiones nos hacen cometer defectos; pero el amor nos hace cometer los más ridículos.

§ 490. Pocos saben ser viejos.

Reflexiones o sentencias: 50

§ 491. Nos honramos con los defectos contrarios á los que tenemos; cuando somos débiles, blasonamos de ser obstinados.

§ 492. Tiene la penetración un aire de adivinar que lisonjea más nuestra vanidad, que las

demás calidades del espíritu.

§ 493. La gracia de la novedad y la larga costumbre, por opuestas que sean, nos impiden igualmente conocer los defectos de nuestros amigos.

§ 494. La mayor parte de los amigos se disgustan de la amistad, y el mayor número de los devotos de la devoción.

§ 495. Fácilmente perdonamos á nuestros amigos los defectos que no nos perjudican.

§ 496. Con más facilidad perdonan las mujeres que aman las grandes indiscreciones, que las pequeñas infidelidades.

§ 497. En la vejez del amor, como en la de la edad, se vive para los males; pero no para los placeres.

§ 498. Nada impide tanto ser natural, como el deseo de parecerlo.

§ 499. Es en algún modo tomarse parte en las buenas acciones aplaudirlas de buena gana.

§ 500. La señal mas cierta de haber nacido con grandes calidades, es haber nacido sin envidia

Reflexiones o sentencias: 51

§ 501. Luego que una vez nos han engañado nuestros amigos, no se les debe más que indiferencia á las señales de su amistad; pero siempre se debe sensibilidad á sus desgracias.

§ 502. La fortuna y el capricho gobiernan el mundo.

§ 503. Mas fácil es conocer al hombre en general, que en particular á uno.

§ 504. No se debe juzgar del mérito de un hombre por sus grandes calidades, sino por el uso que sabe hacer de ellas.

§ 505. Hay un cierto reconocimiento vivo, que no solo nos descarga de los beneficios que hemos recibido, sino que hace al mismo tiempo que nuestros amigos nos sean deudores por pagarles lo que les debemos.

§ 506. Casi nada deseáramos con ardor, si conociésemos perfectamente lo que deseamos.

§ 507. La causa de que las mujeres sean poco sensibles á la amistad, es que esta es insulsa cuando se ha gustado el amor.

§ 508. En la amistad, como en el amor, somos por lo regular más dichosos por lo que ignoramos, que por lo que sabemos.

§ 509. Probamos á honrarnos con los defectos de que no queremos corregirnos.

§ 510. Las más violentas pasiones nos dejan respirar algunas veces; pero siempre nos agita

la vanidad.

Reflexiones o sentencias: 52

§ 511. Los viejos locos son más locos que los jóvenes.

§ 512. La debilidad es mas opuesta á la virtud que el vicio.

§ 513. Lo que hace tan agudos los dolores de la vergüenza y de la envidia, es que la vanidad no puede servir para soportarlos.

§ 514. La menor y mas observada de todas las leyes es la decencia.

§ 515. Menos trabajoso le es á un hombre de juicio someterse á los genios inquietos, que dirigirlos.

§ 516. Cuando nos sorprende la fortuna elevándonos mucho, sin habernos conducido por grados, ó sin que nosotros nos hayamos elevado por nuestras esperanzas; es casi imposible sostenernos bien en él, ni parecer dignos de ocupar el puesto á que nos elevó.

§ 517. De lo que reformamos en los demás defectos nuestros, se aumenta regularmente nuestro orgullo.

§ 518. No hay ignorantes tan incómodos, como los que tienen algo de talento.

§ 519. No hay hombre que, en cada una de sus calidades, se crea inferior al que mas estima.

§ 520. En los grandes negocios, menos aplicación debemos emplear en hacer que se presenten las ocasiones, que en aprovecharnos de las que se presentan.

Reflexiones o sentencias: 53

§ 521. Siempre ganaría en el trato quien renunciase el bien que de él pudiera decirse, con la condición de que nunca se dijese mal.

§ 522. Por dispuesto que el mundo esté á juzgar mal; siempre por lo regular hace más gracia al mérito aparente, que injusticia al verdadero.

§ 523. Suele encontrarse un ignorante con ingenio; pero jamás con juicio.

§ 524. Mas ganaríamos en dejarnos ver tales como somos, que en procurar parecer lo que no somos.

§ 525. Nuestros enemigos se acercan más á la verdad en los juicios que forman de nosotros, que nosotros mismos.

§ 526. Muchos remedios hay para curar el amor; pero ninguno infalible.

§ 527. Conveniente seria que conociésemos todo lo que nuestras pasiones nos hacen ejecutar.

§ 528. La vejez es un tirano que prohíbe bajo pena de muerte los placeres de la juventud.

§ 529. El mismo orgullo, que nos hace vituperar los defectos de que nos creemos libres, nos inclina á mirar con desprecio las buenas calidades que no tenemos.

§ 530. Mas orgullo hay por lo regular que bondad en condolernos de las desgracias de nuestros enemigos. Les damos muestras de compasión para hacerles entender que somos superiores á ellos.

Reflexiones o sentencias: 54

§ 531. Hay un exceso de bienes y de males que excede nuestra sensibilidad.

§ 532. Es indispensable que la inocencia no encuentre tanta protección como el crimen.

§ 533. De todas las pasiones violentas la que menos mal dice á las mujeres es el amor.

§ 534. La vanidad nos hace ejecutar mas cosas contra nuestro gusto que la razón.

§ 535. Hay perversas cualidades que producen grandes talentos.

§ 536. Jamás deseamos con ardor lo que no deseamos sino por la razón.

§ 537. Todas nuestras cualidades son inciertas y dudosas, tanto en el bien como en el mal; y casi todas están á merced de las ocasiones.

§ 538. En las primeras pasiones aman las mujeres al amante, y en las otras al amor.

§ 539. Tiene también el orgullo sus caprichos como las demás pasiones: nos avergonzamos de confesar que tenemos celos, y nos gloriamos de haberlos tenido y de ser capaces de tenerlos.

§ 540. Por raro que sea el verdadero amor, lo es más todavía la verdadera amistad.

Reflexiones o sentencias: 55

§ 541. Pocas mujeres hay cuyo mérito dure mas que su hermosura.

§ 542. El deseo de ser compadecido, ó de ser admirado, forma de ordinario la mayor parte de nuestra confianza.

§ 543. Siempre dura más nuestra envidia, que la felicidad de los que envidiamos.

§ 544. La misma firmeza, que sirve para resistir al amor, sirve también para hacerle

violento y durable; y las personas débiles, que siempre son agitadas de las pasiones, casi nunca llegan á ser dominadas verdaderamente de ellas.

§ 545. No pudiera la imaginación inventar tantas y tan diversas contrariedades, como hay naturalmente en el corazón de cada uno.

§ 546. Solo quien esté dotado de una verdadera fortaleza podrá tener una verdadera dulzura: los que parecen dulces no tienen por lo común mas que una debilidad, que fácilmente se convierte en exasperación.

§ 547. La timidez es un defecto, de que es peligroso reprehender á quienes queramos corregir.

§ 548. Nada es mas raro que la verdadera bondad: los mismos que creen tenerla no tienen por lo común otra cosa que una debilidad, ó una condescendencia.

§ 549. El espíritu se apega por pereza o por constancia á lo que le es fácil ó agradable: esta costumbre limita siempre nuestros conocimientos, y jamás se ha tomado nadie el trabajo de dilatar su espíritu tanto como pudiera.

§ 550. Somos de ordinario maldicientes, mas por vanidad que por malicia.

Reflexiones o sentencias: 56

§ 551. Cuando está todavía el corazón agitado por las reliquias de una pasión; estamos mas próximos á otra nueva, que cuando está del todo sereno.

§ 552. Los que han tenido grandes pasiones, se juzgan toda su vida felices ó infelices por haber sanado de ellas.

§ 553. Mas personas hay sin interés, que sin envidia.

§ 554. Más pereza tenemos en el espíritu, que en el cuerpo.

§ 555. La calma ó agitación de nuestro humor, no tanto depende de las cosas mas considerables que nos acaecen en el discurso de la vida, quanto de una disposición cómoda ó desagradable de las cosas pequeñas que nos suceden cada día.

§ 556. Por malvados que sean los hombres, no se atreverán á declararse enemigos de la virtud; y cuando quieren perseguirla, fingen creerla falsa ó le imputan crímenes.

§ 557. Frecuentemente pasamos del amor á la ambición, pero rara vez de la ambición al amor.

§ 558. Casi siempre se engaña la extrema avaricia. No hay pasión que mas ordinariamente se aleje de su fin, ni sobre que tenga el presente mas imperio en perjuicio del futuro.

§ 559. La avaricia produce frecuentemente efectos contrarios. Hay infinitos que sacrifican todo su bien á esperanzas dudosas y remotas; y otros que desprecian grandes ventajas

futuras por pequeños intereses presentes.

§ 560. Parece que los hombres no encuentran en sí bastantes defectos, pues aumentan todavía su número por ciertas singulares calidades con que afectan adornarse y las cultivan con tal esmero, que al fin llegan á ser defectos naturales que no está en su mano corregirlos.

Reflexiones o sentencias: 57

§ 561. Lo que demuestra que los hombres conocen sus defectos mas de lo que se piensa, es el vérselos paliar cuando los oímos hablar de su conducta. El mismo amor propio, que de ordinario los ciega, los ilumina entonces y les da una vista tan perspicaz, que les hace suprimir ó disfrazar las menores cosas que pueden ser reprehensibles.

§ 562. Es preciso que los jóvenes que entran en el mundo sean vergonzosos ó atolondrados; pues de ordinario degenera en impertinencia un aire de regularidad y compostura.

§ 563. No durarían largo tiempo las rencillas, si no hubiese agravio mas que de una parte.

§ 564. De nada aprovecha juventud sin hermosura, ni hermosura sin juventud.

§ 565. Hay personas tan livianas y frívolas, que estan tan distantes de tener verdaderos defectos, como sólidas calidades.

§ 566. Por lo común solo hablan las mujeres de sus primeros amores, cuando tienen otros.

§ 567. Hay personas tan llenas de sí mismas que, aun cuando aman, encuentran medio para estar ocupadas de su pasión, sin estarlo de la persona amada.

§ 568. Por agradable que sea el amor, aun mas agrada por los modos con que se manifiesta que por sí mismo.

§ 569. Poco ingenio pero recto, incomoda menos con el tiempo, que mucho pero revoltoso.

§ 570. La envidia es el mayor de todos los males, y el que nos hace mirar con más aversión á los que nos la causan.

§ 571. Después de haber hablado de la falsedad de tantas virtudes aparentes, será razón decir algo de la falsedad del desprecio de la muerte. Oigo hablar de este desprecio de la muerte que blasonan los paganos obtener de sus propias fuerzas sin esperanza de otra mejor vida: y hay mucha diferencia entre sufrir la muerte con constancia, y despreciarla. Lo primero es bastante ordinario; pero yo creo que jamás es sincero lo segundo. Se ha escrito sin embargo cuanto ha podido persuadir mejor, que la muerte no es un mal real; y así los hombres mas débiles, como los héroes, han dado mil ejemplos célebres para establecer esta opinión; dudo, no obstante, que lo haya jamás creído hombre alguno de buen sentido, y el trabajo que se toman para persuadirlo á los otros y á sí mismos, es una buena prueba de la dificultad de la empresa. Podemos tener mil motivos de disgusto en la vida; pero nunca hay razón para despreciar la muerte. Aun los mismos que voluntariamente se la dan, no la tienen por cosa de tan poca monta; pues se conmueven y se esfuerzan á apartarla de sí,

como los demás, cuando les viene por otra vía que la que han elegido. La desigualdad que se nota en el valor de un número infinito de hombres animosos, proviene del diferente modo con que se presenta la muerte á su imaginación, y de que la tienen mas presente en un tiempo que en otro: y así sucede, que después de haber despreciado lo que no conocían, temen finalmente lo que llegan á conocer. Es indispensable el no mirarla con todas sus circunstancias para no creer que sea el mayor de los males. Los más hábiles y los más alentados son aquellos que se valen de los más especiosos pretextos para excusarse de fijar en ella la consideración; pero todo hombre que la sabe mirar tal cual es, encuentra que es una cosa espantosa. La necesidad de morir era el fondo de toda la constancia de los filósofos; creían deber ir de buena gana adonde no podían dejar de ir; y no pudiendo eternizar su vida, no había cosa que no hiciesen por eternizar su reputación, y salvar del naufragio la parte posible. Contentémonos nosotros, para mirarla con buen semblante, con no decirnos á nosotros mismos todo lo que pensamos de ella; y esperemos más de nuestro temperamento, que de aquellos débiles raciocinios que nos quieren hacer creer, podemos acercarnos á la muerte con indiferencia. La gloria de morir con firmeza, la esperanza de ser echados menos, el deseo de dejar una buena reputación, la seguridad de libertarnos de las miserias de la vida, y de no depender mas de los caprichos de la fortuna, son remedios que no deben desecharse; pero tampoco debemos creerlos infalibles. Hacen para asegurarnos, lo que unos simples matorrales hacen regularmente en la guerra para asegurar á los que deben acercarse al lugar de donde disparan; que cuando se miran de lejos, parece pueden ponerlos á cubierto de los tiros; pero al paso que se aproximan, se desengañan de la debilidad de su socorro. Es lisonjarnos creer que la muerte nos parecerá de cerca lo que la hemos imaginado desde lejos; y que nuestros sentimientos, que no son otra cosa que debilidad y flaqueza, serán de un temple harto fuerte para resistir á la prueba mas violenta de todas. También es conocer mal los efectos del amor propio, pensar que pueda servirnos para estimar en nada aquello mismo que debe destruirle necesariamente: y la razón, en que creemos hallar tantos recursos, es muy débil en esta ocasión para persuadirnos lo que queremos. Ella es, al contrario, la que más ordinariamente nos vende; y en lugar de inspirarnos el desprecio de la muerte, nos manifiesta cuanto tiene de espantoso y terrible. Cuanto puede hacer por nosotros, es aconsejarnos que apartemos la vista de ella, y la fijemos en otros objetos. Catón y Bruto los eligieron ilustres: un Lacayo se contentó, hace poco tiempo, con ponerse á danzar en el cadalso en que iba á ser enroddado. Y así, aunque sean diferentes los motivos, producen por lo común los mismos efectos; de modo que es cierto que, por desproporción que haya entre los hombres grandes y los comunes, se ha visto mil veces á unos y otros recibir la muerte con un mismo semblante: pero siempre con esta diferencia; que en el desprecio que manifiestan de la muerte los hombres grandes, es el amor de la gloria el que los ciega; y en los comunes, es un efecto de su ignorancia el que les impide conocer el tamaño de su mal, y les deja libertad para pensar en otra cosa.

MÁXIMAS

§ I. Muchos quieren ser devotos; pero nadie quiere ser humilde.

§ II. El trabajo del cuerpo liberta de las penas del ánimo, y es el que hace á los pobres felices.

§ III. Las verdaderas mortificaciones son las secretas: la vanidad hace llevaderas las otras.

§ IV. La humildad es el altar sobre que quiere Dios se le ofrezcan los sacrificios.

§ V. Bastan pocas cosas para hacer feliz al sabio: á un necio nada le satisface. Esta es la razón por qué casi todos los hombres son miserables.

§ VI. Menos nos atormentamos por ser felices, que por hacer creer que lo somos.

§ VII. Más fácil es apagar el primer deseo, que satisfacer todos los que le siguen.

§ VIII. La sabiduría es para el alma lo que la salud para el cuerpo.

§ IX. A los grandes de la tierra, como no pueden dar la salud del cuerpo ni el reposo del ánimo, siempre se les compran muy caros los bienes que pueden hacer.

§ X. Antes de desear con ardor una cosa, conviene examinar cual es la felicidad del que la posee.

§ XI. Un verdadero amigo es el mayor de todos los bienes, y el que menos se procura adquirir.

§ XII. Los amantes no advierten los defectos de sus amadas, hasta después de acabado su encanto.

§ XIII. La prudencia y el amor no pueden hallarse juntos: á medida que el amor crece, la prudencia se disminuye.

§ XIV. A veces es agradable á un marido tener una mujer celosa, pues logra así oír hablar siempre de lo que ama.

§ XV. ¡Cuan digna de compasión es una mujer virtuosa y enamorada!

§ XVI. El hombre cuerdo cuida bien de no empeñarse, sino en lo que ha de conseguir.

§ XVII. Más necesario es estudiar los hombres, que los libros.

§ XVIII. La dicha ó la desgracia siguen por lo común á los que tienen mas de una ó de otra.

§ XIX. El acento y el carácter del país donde se ha nacido, permanecen en el espíritu y en el corazón, como en el lenguaje.

§ XX. Una mujer honesta es un tesoro escondido: el que le ha encontrado hace muy bien en no jactarse de ello.

§ XXI. Cuando amamos demasiado, no es fácil conocer si dejan de amarnos.

§ XXII. No decimos mal de nosotros, sino para ser aplaudidos.

§ XXIII. Las almas débiles se conmueven por cosas mínimas.

§ XXIV. Hay ciertos defectos, que en cierto punto y circunstancias, agradan más que la

misma perfección.

§ XXV. Siempre se nos hace largo el tiempo que estamos con los que nos incomodan.

§ XXVI. Nunca es más difícil hablar bien, que cuando nos avergonzamos de callar.

§ XXVII. Siempre son perdonables los defectos cuando hay valor para confesarlos.

§ XXVIII. Damos consejos; pero no la prudencia de aprovecharse de ellos.

§ XXIX. Nada es más natural ni más engañoso, que creerse amados.

§ XXX. Más queremos ver a los que hemos hecho bien, que á los que nos lo han hecho.

§ XXXI. Más difícil es disimular los sentimientos que tenemos, que fingir los que no tenemos.

§ XXXII. Las amistades renovadas exigen mas cuidado, que las que nunca se han perdido.

§ XXXIII. Un hombre que de nadie gusta, es mas infeliz que el que á nadie agrada.

FIN